

Ignacio Gómez de Liaño

Abandonar la escritura



Ignacio Gómez de Liaño, *Laberinto del aire*, 1972. Fotografía © Pablo Pérez Mínguez (P. P. M.), VEGAP, Madrid, 2019

La exposición *Ignacio Gómez de Liaño. Abandonar la escritura*, organizada por el Área de Colecciones del Museo Reina Sofía, gira en torno a la donación al Museo del archivo personal de este escritor, poeta y filósofo. Se trata de un valioso conjunto de obras de arte de autores nacionales e internacionales además de un apartado documental que incluye un gran número de cartas, escritos y otros materiales poéticos, filosóficos y académicos. Junto al grueso del archivo —que abarca desde mediados de la década de 1960 hasta finales de la de 1970, y que no ha sido antes mostrado públicamente—, se exponen préstamos y producciones de obras poéticas que habían sido destruidas o solo existían en forma de proyecto que sitúan la figura de Ignacio Gómez de Liaño (Madrid, 1946) como impulsor de artistas, agente destacado en la actividad cultural surgida en los centros de producción artística más importantes de esas décadas, y actor influyente en el desarrollo de la poesía pública y de acción.

En España, la década de 1960 estuvo protagonizada por un tibio aperturismo de la dictadura franquista, así como por un creciente desarrollismo en lo económico que se acompañó de iniciativas culturales que buscaban potenciar una imagen de modernidad y progreso hacia el exterior. La escena de experimentación artística encontró ciertas fisuras en el Régimen para desplegarse, y contó incluso con el apoyo de instancias públicas, aun con medios muy limitados. Fue el caso del movimiento Problemática 63, liderado por el poeta uruguayo Julio Campal, al que se unió Ignacio Gómez de Liaño en 1964. Se acercará entonces a las corrientes más contemporáneas de la poesía experimental, como la poesía concreta brasileña del grupo Noigandres o el espacialismo francés teorizado por los poetas Ilse y Pierre Garnier. Estas influencias le incitaron a realizar sus primeros poemas dentro de los parámetros de una abstracción geométrica del lenguaje tipográfico, alejados de cualquier tipo de expresionismo o “irracionalidad”, y fundamentado en los principios de objetividad y reflexión.

Gracias a su paso por Problemática 63 estableció un primer contacto con numerosos creadores extranjeros y se integró en la red internacional de poetas experimentales que se servían del medio epistolar para intercambiar publicaciones, obras e ideas. Tras varios viajes por Europa entabló amistad directa, entre otros, con los poetas Julien Blaine, Jean François Bory, Arrigo Lora-Totino, Adriano Spatola o el filósofo Max Bense, con los que colaboró en diversos proyectos editoriales, expositivos o performativos. Esto permitió a Gómez de Liaño publicar su primer manifiesto, *Abandonner l'écriture* (1969) en la revista audiovisual *OU*, fundada por el poeta sonoro y editor independiente Henri Chopin, quien ejerció una gran influencia en su obra. Al modo de los manifiestos de las primeras vanguardias, Gómez de Liaño pretendía sacudir el orden establecido y apuntar nuevas formas de lenguaje en las que la palabra no estuviera apresada por un único significado, sino que llegara a ocupar el espacio y se convirtiera en acción.



Ignacio Gómez de Liaño, *La nube*, 1972

Al igual que ocurrió con el concretismo, movimiento iniciado por escritores pero basado en la colaboración entre poetas, artistas plásticos y músicos, Ignacio Gómez de Liaño se mantuvo en un territorio estético que buscaba fracturar los límites entre géneros y medios. Aunque fue asiduo a los ambientes frecuentados por escritores, el círculo más íntimo de Liaño siempre estuvo formado por artistas plásticos. Con Herminio Molero y Manuel Quejido, entre otros, y gracias a su sólida red de contactos internacionales, fundó la Cooperativa de Producción Artística y Artesana (1966-1969), por la que pasaron los miembros del llamado grupo Castilla 63 (Elena Asins, LUGAN y Julio Plaza) o los artistas extranjeros Alain Arias-Misson y Lily Greenham. Con aires de guerrilla poética, reclamaron la función social del arte y rechazaron la mercantilización y el fetichismo del objeto artístico. Su propósito no radicaba en la creación de obras conjuntas sino en la búsqueda de recursos para consolidar una estructura sobre la que los artistas pudieran avanzar en sus prácticas. Unos anhelos que se materializaron, en parte, gracias a la intensa colaboración que mantuvieron con el Instituto Alemán de Madrid y Barcelona, donde, por un breve periodo de tiempo, impulsaron actividades expositivas, teóricas o performativas.

Su amistad con el poeta belga-americano Alain Arias-Misson condujo a Gómez de Liaño a escribir uno de los capítulos más interesantes de la historia de la poesía experimental y de acción en España, que comenzó en 1969 cuando Arias-Misson le invitó a colaborar en el poema público *A MADRID*. Imbuido del espíritu sesentayochista que recorrió el mundo —aunque en territorio español no se dejara sentir con la intensidad de otras latitudes—, e influido por filósofos como Henri Lefebvre, Gómez de Liaño interpretó la calle como lugar de encuentro y teatro espontáneo. Su principal anhelo fue “llevar la poesía a la vida”, trasladar la poesía a la calle, puntuar la ciudad por medio de signos semióticos, liberar la palabra de la página para potenciar su poder disruptivo y ocupar la ciudad como espacio privilegiado para la manifestación y la revolución. Una actitud que, durante la España del Régimen franquista, adquiriría una significación sociopolítica de enorme trascendencia crítica.

En 1972, Gómez de Liaño fue expulsado de la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid, donde era profesor de Estética, como medida punitiva al no impedir que uno de sus alumnos realizara una acción poética en el aula. El hartazgo ante esta medida represiva, junto a la resaca de su paso por los llamados Encuentros de Pamplona (1972), y de un intenso periodo de actividad como coordinador del “Seminario de Generación Automática de Formas Plásticas” en el Centro de Cálculo de la Universidad de Madrid, le hicieron trasladarse a la isla de Ibiza. Este periodo de introspectivo aislamiento desembocó en uno de los momentos más productivos e íntimos de su trabajo poético y, al mismo tiempo, marcó el final de una década de acelerada actividad experimental.

Ignacio Gómez de Liaño. Abandonar la escritura muestra la figura de este autor desde una posición céntrica y excéntrica. Fue poeta, historiador, profesor, cooperativista, programador de seminarios y exposiciones, en definitiva, fue “agitador” de una red solidaria de artistas, nacional e internacional, que se presenta no solo para dar forma y sentido a la obra de un único autor, sino también con la intención de situar la poesía experimental española dentro de los relatos que conforman la historia del arte, de la que no ha estado ausente por completo, pero en la que siempre ha ocupado un capítulo insular y desdibujado. Es en este punto donde la figura de Ignacio Gómez de Liaño parece clave como caso de estudio, lo que posibilita pensar la poesía experimental, no como isla sino como archipiélago. Sus trabajos poéticos, escritos, así como la rica complejidad de las numerosas colaboraciones y contribuciones realizadas con el núcleo de artistas que formaron parte de su red artística, aparecen atravesados por los principales rasgos que configuraron el espíritu más vanguardista del heterogéneo experimentalismo español, cuya huella es visible hoy en el legado de su archivo.